Papeles Universitarios

Publicación del Colegio Mayor Ysabel la Católica

Núm. 4 — Granada enero, 1962 — Precio: 3 ptas.

Depósito legal Gr. n.º 32-1961

Algunas ideas sobre la investigación para el joven universitario

por el profesor **Marco Clemente**

LOS TURISTAS NO LLEGAN HASTA AQUÍ

(Diálogo con una muerta de hambre)

"...de que los bienes creados por Dios para todos los hombres, equitativamente afluyan a todos, según los principios de la justicia y de la caridad..."

(Pío XII R. M. P. 1941. p. 199)

LOS CUATROCIENTOS GOLPES

DOS PREMIOS EN UN AÑO

EN ESTE NUMERO

SEÑORITISMO Y CONCIENCIA SOCIAL

La Feria de las Mujeres

Farsa de
Juan Carlos
Rodríguez Gómez

PAPELES UNIVERSITARIOS

Direcctor:
MANUEL RUIZ-LAGOS.

Redactores:

JULIO AROSTEGUI SANCHEZ.
ANTONIO Mª CALERO AMOR.
FERNANDO DURAN GRANDE
J. ENRIQUE FRIEYRO RODR.-MEDEL.
JOSE JORDANO PEREZ.
ANTONIO PEREZ DE LA CRUZ
JUAN CARLOS RODRIGUEZ GOMEZ

Dibujante:
OYARZABAL.

Fotografía:
SANMARTIN.

Supervisión y dirección oficial:
RAFAEL GARCIA MANZANO.

Impresión:
FRANCISCO ROMAN.

Redacción-Administración:
COLEGIO MAYOR ISABEL LA CAT.ca
c/ Rector López Agüeta. Tel. 22530.
Granada.

Editorial

Estamos en un nuevo curso, durante el cual el Colegio continuará acercándose a la meta de sus ideales. Como contamos para ello con la inquietud de esta escogida juventud universitaria, a la que vamos inyectando el peso de una doble responsabilidad social y profesional. Seguimos empeñados en la formación integral del universitario, por constituir éste el alma y la razón de existencia de la Universidad; en función a él y su formación han de actuar, tanto la Universidad como nuestros Colegios Mayores.

Las páginas de «Papeles Universitarios» continúan abiertas a la colaboración de los colegiales y de todos los universitarios. Esperamos que, con vuestra eficaz ayuda y nuesfra propia experiencia, podremos ir limando nuestros defectos y siendo cada vez más fieles a la misión que nos hemos encomendado

Juan de Dios López González
Director del C. M. Isabel la Católica

"...A MI ME LO HICISTEIS"

«El meollo de la Buena Nueva es no sólo que en Jesucristo viva Dios corporalmente entre nosotros, sino que además ese Dios sea nuestro hermano, con quien tenemos todos unidad de sangre».

(Karl Adam).

He querido consignar este párrafo de Karl Adam al principio de este artículo porque él ha sido objeto de muchas meditaciones por mi parte. Me traía a la memoria aquel otro del prólogo de San Juan: "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros".

Si es interesante que Cristo se haya hecho como uno de nosotros, menos en el pecado, no lo es menos el que El sea nuestro hermano y podamos llamar hermanos a todos los hombres con quienes nos cruzamos por la calle. Incluso aquellos para quienes Cristo es totalmente desconocido. Aquellos que se encuentran arrojados en la mayor pobreza —material y espiritualmente— y que son por ello objeto del sermón de las Bienaventuranzas. Esos también son hermanos nuestros, no lo podemos olvidar. Y a veces, por desgracia, somos muy olvidadizos. Y olvidamos que en el hambre, en la pobreza del pueblo estamos todos enrolados de alguna manera. Es evidente que las condiciones actuales del mundo exigen un cambio de estructura social. Estamos en una época de reivindicaciones sociales donde tiene que triunfar el sentido cristiano de la justicia sin olvidar los postulados de una "auténtica caridad". Y digo "auténtica" pues hemos reducido, por desgracia, el amor a nuestros hermanos a unas monedillas que quitan de delante al pobre importuno que nos estorba. Hoy se habla mucho de comprensión, se canta el amor, pero ¿se sabe a punto fijo qué es caridad? Esta palabra —la más maravillosa de todo el Evangelio— hoy día está despretigiada. La hemos dejado reducida a una fórmula arcaica que suena en nuestros oidos como una palabra vieja. Y hemos pretendido justificar vanamente —organizando "sonoras campañas de caridad"— ciertas actitudes paganas, por muy bañadas que estén de agua bendita.

A través de un estudio del mensaje del Nuevo Testamento se ve claramente que hay que llegar a realizaciones de una eficacia más inmediata. Tenemos que presentarnos a los pobres diciéndoles que les predicamos de parte de Cristo el Amor, el Amor fraterno universal. Ahora bien, nosotros venimos desde el mundo burgués, en el que de hecho estamos instalados. Por lo tanto, si les predicamos que ese mensaje, poseído por el mundo burgués, es un mensaje de amor fraterno universal, tenemos que demostrarle *inmediatamente*, con hechos palpitantes, que desde ese mundo sopla hacia ellos una corriente de amor, que, como dice nuestro refrán, no puede quedarse en "buenas razones".

Si en nuestra sociedad la burguesía no se llamara cristiana, quizás podríamos acercarnos a los pobres en otras ocasiones. Podríamos encarnarnos directamente en ellos, sin más, y decirles que les llevamos el mensaje del Amor. No nos exigirían pruebas inmediatas. Pero el caso es el contrario: ante el mundo contemporáneo consta públicamente que la burguesía *tiene* al Señor; lo tiene secuestrado. Lo primero que tenemos que hacer es pedirles perdón a los pobres por haberles robado a *su* Señor. Y si queremos seguir poseyéndolo, tenemos decididamente que renunciar al monopolio; tenemos que poseerlo en común. Ahora bien, esta posesión del Señor en común obliga a practicar con urgencia una nivelación de la vida. Se tienen que abrir las compuertas que mantienen ese brutal desnivel entre los diversos grupos humanos que conviven bajo un mismo cielo. La comunicación de bienes es esencial para la comunicación de Cristo. No podemos dar a Cristo envasado en un brutal egoismo; a Cristo hay que darlo envuelto en las realizaciones exigidas por el amor paterno. Entonces resonarán nuestros oidos con una fuerza renovada las palabras de Cristo: "Cuanto hicisteis por uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis".

Ramón González, Pbro.

PAPELES UNIVERSITARIOS desea a sus lectores, el mejor y más feliz año 1962

Algunas ideas sobre la investigación para el joven universitario

por JAIME MARCO CLEMENTE
Catedrático de Otorrinolaringología

AL joven universitario con inquietud y ambición científica se le plantea a veces el problema de querer trabajar, de aportar su grano de arena y sus esfuerzos al progreso de la ciencia en general, pero se encuentra muchas veces desorientado por no saber por donde comenzar, es decir, por falta de una idea que desarrollar. En ocasiones ésto dá lugar a una sensación de vacío interior, a estados de inferioridad depresiva y a una infravaloración de sus aptitudes y dotes para la investigación, lo que tiene como consecuencia el abandono de una vocación apenas esbozada y su marcha por derroteros distintos.

Bien es verdad que ésto no sucede para aquellos que tienen la suerte de estar dirigidos por un buen maestro, investigador con experiencia que es quien va a dirigir y orientar los trabajos de sus colaboradores, pero, aún así, el joven investigador no debe estar siempre subordinado en este aspecto a su maestro. Debe llegar a poseer ideas propias que desarrollar e hipótesis que comprobar; es decir, debe adquirir su personalidad científica en la investigación. Para lograrlo se requiere tiempo, más largo para unos que para otros según sus dotes intelectuales.

Pero yo quiero referirme sobre todo a aquellos que dicen no haber realizado nunca ningún trabajo de investigación por no saber sobre qué llevarlo a cabo, es decir, por ausencia de ideas, o aquellos otros que aseguran que los trabajos que ellos hubiesen realizado necesitan tal material y equipo que nunca lo han podido conseguir.

Estas dos actitudes tan opuestas no son más que la expresión de una mala justificación de inoperancia frente a la investigación. No todos los universitarios han de ser investigadores; un investigador ha de poseer unas características especiales de inquietud, ambición, curiosidad y vanidad científica, a la vez que cierto despego a lo puramente económico y estas cualidades no se reúnen facilmente en una sola persona. Por lo tanto, no es necesario justificarse si uno no ha experimentado nunca la curiosidad de estudiar un problema no resuelto o un aspecto del mismo, y sobre todo no querer justificarlo diciendo que no se tienen ideas o que no cuentan con los medios de desarrollarlas.

El verdadero investigador siempre encuentra terreno apropiado para calmar sus inquietudes.

Para llevar a cabo un trabajo científico lo primero que se precisa es una idea y a continuación desarrollarla. Una forma práctica y sencilla de que en nuestra mente surjan estas ideas es la lectura, el estudio de libros y revistas, la asistencia a conferencias, la observación atenta y detenida de nuestro material de trabajo, experiencias de laboratorio de otros, etc. En todas y cada una de estas circunstancias una mente inquieta y ansiosa de conocimientos encuentra siempre puntos no claros, problemas no resueltos, datos incompletos o no comprobados que son otras tantas ideas a desarrollar, es decir, otros tantos trabajos científicos a realizar. Y ésto, es tan cierto, que bruscamente pasamos de no tener idea alguna a tener demasiadas, planteándose entonces el problema de elegir entre una de ellas. Es decir, seleccionar la idea más conveniente. ¿Cuáles van a ser las bases de esta selección?. Aquí no debe existir duda alguna, la elección debe recaer sobre aquella idea o hipótesis de trabajo más apropiada a nuestros conocimientos y más en consonancia con nuestros medios de trabajo y disponibilidad de tiempo.

Tan pernicioso es no tener inquietud científica alguna como iniciar investigaciones para las que no estamos preparados o carecemos del equipo necesario para llevarlos a buen fin.

Una condición fundamental que debe reunir todo futuro trabajo científico es poseer alguna originalidad o contribuir en algo al avance de la ciencia en general. Por lo que a la Medicina se refiere, abundan, por desgracia, las publicaciones que no aportan nada nuevo a lo ya conocido. Bien está la publicación de revisiones de conjunto y puestas al día, pero es necesario no abusar de esta ni considerar tales publicaciones como verdaderos trabajos de investigación.

Al iniciar un trabajo experimental es dificil prever sus resultados y originalidad, pero el verdadero investigador debe ser sincero consigo mismo y llevar en su mente al proyectarlo y realizarlo tal finalidad, de tal forma que si esta condición no se cumple no debe ser publicado. No quiere esto decir que únicamente serán dignos de publicación aquellos trabajos que aporten soluciones o datos verdaderamente revolucionarios. Tales trabajos son fruto, en general, de hombres excepcionales, verdaderos genios, y la ciencia no avanza únicamente merced a tales hombres sino por el esfuerzo y aportaciones de la mayoría investigadora, es decir, de los no genios o normales que son los que constituyen tal mayoría en el aspecto intelectivo.

En la elección de un determinado tema experimental, es preciso, también, tener en cuenta la oportunidad del mismo en el tiempo, es decir, ideas y experiencias en un tiempo interesantes, carecen de este atractivo en otro por falta de actualidad. Para obviar este inconveniente es necesario revisar la literatura relacionada con la cuestión a investigar antes de iniciar el trabajo experimental; de esta forma conoceremos lo publicado sobre la materia y nos evitaremos la sensación desagradable de comprobar que lo publicado por nosotros era ya conocido con anterioridad.

Todo futuro trabajo de investigación debe ser planteado, en líneas generales antes de iniciarlo, preguntándose qué puntos deben ser aclarados por el estudio en proyecto y que evidencia debe ser reunida para convencer al futuro lector. Una falta muy común es el escaso número o ausencia de controles de nuestras experiencias.

Una vez terminada la labor experimental viene la tarea de reunir, clasificar, valorar los datos obtenidos y redactar el trabajo. Este es un momento para algunos muy difícil, más dificil incluso que la propia labor experimental.

Al redactar nuestras observaciones y expericencias debemos pensar a quien va dirigido el trabajo si al profesional práctico o al científico; esto es importante, sin embargo un denominador común existe en ambos casos: la forma de expresar nuestras ideas, conceptos, hipótesis, discusión, resultados y conclusiones debe ser sencilla, concreta, precisa y con extensión suficiente para exponer los mismos.

No existe límite, en general, para los trabajos científicos. La extensión de los mismos viene condicionada por el trabajo en sí; hay publicaciones que únicamente abarcan cuatro páginas y son excesivas y otras con treinta demasiado cortas.

Lo más dificil en la redacción de un trabajo científico es la iniciación del mismo. El escribir bien no es tarea fácil y, en general, el conseguirlo es fruto de una parte de inspiración y nueve de sudoración. Tampoco es fácil dar reglas sobre esta cuestión, ya que cada uno tiene sus métodos propios; a mí, personalmente, me gusta escribir deprisa a medida que surgen las ideas, dejando para más tarde la tarea de corregir y pulir. Ello tiene la ventaja de no interrumpir el curso de nuestros pensa-

Pasa a la pág. 4

Algunas ideas sobre la investigación...

(Continuación)

mientos y no "enfriar" nuestra mente. Una vez redactado el trabajo en su totalidad, viene la tarea de revisarlo para corregir defectos de expresión, faltas de redacción, etcétera.

La revisión no debe hacerse inmediatamente después de terminada la redacción, sino unos días más tarde, ya que de esta forma estaremos en disposición de considerar el trabajo en conjunto desde otros ángulos y con mente fresca.

Que esta práctica es útil lo demuestra el hecho de que en toda revisión encontramos siempre algo que corregir, aún cuando en lecturas anteriores nos había parecido correcto. E incluso cuando uno vuelve a leer sus propios trabajos, hace años publicados, experimenta una sensación de imperfección en todos ellos incluso de aquellos de los que estaba más satisfecho.

Otro de los fines de la revisión es acortar el trabajo sin que pierda claridad expositiva. Una buena táctica es acotar frases y párrafos y volver a leerlo sin tener en cuenta lo acotado para comprobar si tales párrafos pueden ser suprimidos.

Es dificil dar reglas generales sobre la redacción porque cada uno tiene su estilo y personalidad; sin embargo podríamos resumirlos diciendo que la característica fundamental de todo trabajo publicado tiene que ser exponer lo que debe ser expuesto de la forma más sencilla posible y con el estilo personal de cada uno, de tal manera que cada idea sea expresada claramente y cada palabra diga exactamente lo que el escritor desea.

El título del trabajo debe ser conciso, atractivo para la atención del lector y con significado. Hay que huir de los títulos excesivamente largos que no son sino verdaderos resúmenes del trabajo.

Importante, también, es el sumario que debe acompañar a todo trabajo experimental. Tal resúmen es muy útil, porque permite al lector, en una simple ojeada, valorar el trabajo y decidir si merece ser leído en su totalidad. Desgraciadamente hay quien no sabe destacar en el resumen lo más interesante de los resultados obtenidos por falta de capacidad de síntesis.

Si el trabajo termina con unas conclusiones, allí debemos exponer únicamente nuestras deducciones de los datos y resultados obtenidos.

Finalmente queremos hacer resaltar que la bibliografía de toda publicación científica no tiene porqué ser exhaustiva; debemos reseñar únicamente de las publicaciones consultadas las más interesantes, en relación con el desarrollo de nuestras ideas.

Usted sabe...

A) La capital de Ceylán es:
1.—Bombay 2.—Calcuta 3.—Colombo 4.—Karachi 5.—Vitigudino.

B) la primera película de Bardem fué:
1.—La venganza 2.—Cómicos 3.—Marcelino, pan y vino 4.—Esa pareja feliz 5.—Cómo casarse con un millonario.

C) El Presidente de la República de Guinea se llama:
1.—Tshombe 2.—Seku Ture 3.—El Fassi 4.—Mohammed Fhanat 5.—Kabunku.

D) Severo Ochoa nació en:
1.—Valencia 2.—Luarca 3.—Avilés 4.—Llanes 5.—Langreo.

E) El Papa cumplió el 25 de Noviembre:
1.—70 años 2.—80 años 3.—85 años 4.—90 años 5.—6 meses.

F) El último premio nacional de teatro fué:
1.—Sastre 2.—Paseo 3.—Iiriarte 4.—Mañas 5.—López Rubio.

G) El palacio de la Magdalena está enclavado en:
1.—Santander 2.—Sevilla 3.—Granada 4.—Valladolid 5.—Burgos.

H) "Panorama desde el puente" es un drama de:
1.—B. Brecht 2.—Pirandello 3.—O'Neil 4.—Miller 5.—Benavente.

I) El compositor español Granados murió:
1.—Se suicidó 2.—de muerte natural 3.—en duelo 4.—en un naufragio 5.—en el terremoto de Lisboa.

J) El primer ser humano que coronó el Everest fué:
1.—Thensing 2.—Hillary 3.—Evans 4.—Ridgway 5.—Lola Flores

K) El primer vuelo espacial, con Gagarin a bordo tuvo lugar el:
1.—22 de Marzo 2.—12 de Abril 3.—3 de Mayo 4.—18 de Abril 5.—31 de Febrero.

L) Juan Gris es famoso como:
1.—violinista 2.—escritor 3.—pintor 4.—modisto 5.—perito agrónomo.

M) El Código Civil español es de:
1.—1851 2.—1869 3.—1888 4.—1885 5.—1953.

N) El actor Peter Lawnford es cuñado de:
1.—Kennedy 2.—Duque de Kent 3.—De Gaulle 4.—Nixón 5.—Perico Chicote.

Ñ) García Lorca nació en:
1.—Tocón 2.—Granada 3.—Víznar 4.—Fuente Vaqueros 5.—Cabezón de la Sal.

O) "Escudelles a la catalana" es el curioso nombre con que se designa en nuestros menús a:
1.—Potaje de habichuelas 2.—Sopa de ajos 3.—huevos con tomates 4.—boquerones fritos 5.—faisán trufado.

P) El gambusino es una especie avícola que se caza:
1.—con red 2.—con reclamo 3.—con liga 4.—con escopeta 5.—con colt 45.

Q) Se ruega al Sr. Conserje si se encuentra en los pasillos que baje a:
1.—administración 2.—conserjería 3.—portería 4.—dirección 5.—W. C.

R) El perro de Soto se llama:
1.—Sultán 2.—Miguelito 3.—Popeye 4.—Minuto 5.—Segundo.

S) El número 257 pertenece al Superior:
1.—Sr. Valverde 2.—Sr. Bañares 3.—Sr. Marín 4.—Sr. Durán 5.—Sr. Vértebras.

T) Las mesas reservadas del comedor son, para:
1.—Nosotros 2.—Vosotros 3.—Ellos 4.—Ellas 5.—El que la pille.

U) Los decanos sirven para:
1.—Protestar de las salchichas 2.—protestar de las salchichas 3.—protestar de las salchichas 4.—protestar de las salchichas 5.—protestar de las salchichas.

V) Se dice que los graduados son:
1.—Feos 2.—Sabios 3.—Pelmazos 4.—Insociables 5.—Endoluministas.

X) El plan Jaén es:
1.—Un gran avance en nuestra política económica 2.—Un plan 3.—Un slogan 4.—Una mina 5.—Un cachondeo .

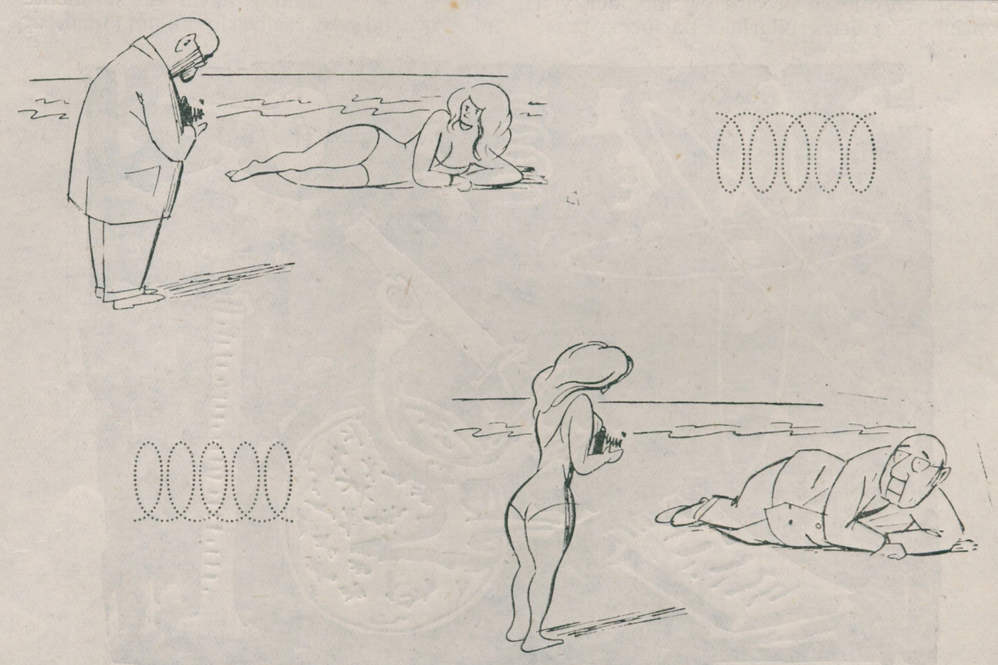
Y) Stalin es:
1.—Un pseudónimo 2.—un cura arrepentido 3.—el símbolo de la tiranía 4.—un ruso 5.—un incomprendido.

Z) Hassán II es:
1.—El rey de Marruecos 2.—El rey que rabió 3.—Una reina 4.—Un moro 5.—Una lata.

Indice de capacidad mental

26 respuestas: Este se las sabe todas
Más de 20: Sobresaliente cum laude
Más de 15: Uno que promete
Más de 10: Ni fú ni fá
Más de 5: Atrasadillo
Menos de 5: Caso clínico

(Solución: Secreta)



"Señoritismo" y Conciencia Social

por
José Enrique Frieyro

Reciente está, y en la mente de todos, el discurso pronunciado por el Sr. Martín Artajo, con motivo de su ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. El Sr. Martín Artajo ha sabido poner, con espectacular acierto, el dedo en la llaga. En la llaga abierta (iba a escribir sangrante), de un problema ineludible y gravísimo.

El "señoritismo" no es problema de ayer ni de hoy. El "señoritismo", el ocioso como tipo social, es un producto inevitable y típicamente representativo del anquilosamiento de ciertas estructuras que han perdido completamente su función social. Y esto en España es problema viejo. No es cosa de hacer aquí un repaso histórico de nuestra parálisis social, de nuestro eterno correr detrás. Podría titularse "España con muletas". Pero ni el fácil exabrupto ni la frase tópica añadirían el más leve empuje a esa tarea cada día más apremiante de crear una conciencia social efectiva y consciente.

Porque no se trata de un problema económico; ésta es su más inmediata consecuencia. Se trata ante todo precisamente de ésto, (el señor Martín Artajo lo ha puesto de relieve, con inequívoca claridad): de la falta en nuestro país de una conciencia social auténtica.

No nos engañe el que ciertas instituciones, caracterizadas en España por su proverbial y estrecho conservadurismo, y tradicionalmente ajenas a la cuestión social, pretenden ahora tomar la iniciativa de su solución.

La iniciativa ya estaba tomada. Cuando por los años 1934 y 1935 un grupo de españoles propugnaba una "revolución nacional" sobre un orden nuevo de Justicia y Patria, se estaba planteando el problema en sus justos términos: se trataba da aportar una solución constructiva para con ella al frío marxismo que había reducido los términos de la cuestión al pago de una deuda de resentimiento.

Pero esta revolución no estaba hecha. Se abre paso penosamente entre la indiferencia de la mayoría y el despego de quienes olvidaron sus compromisos. El Sr. Martín Artajo ha dicho: "El avance social se ha logrado pese a la obstrucción de las clases directoras". Es evidente que el avance social se ha logrado. Pero también lo es que no se ha logrado en la medida pertinente y necesaria. Las cifras lo revelan claramente. No se habrá alcanzado mientras en Badajoz 1.600 propietarios, posean, el 45 por 100 de la superficie total de la provincia; mientras en Sevilla 980 se repartan el 43 por 100; mientras en Córdoba un sólo propietario tenga 79,000 hectáreas de una tierra que difícilmente podría ser productiva. (1) Porque es ineludible que una extensión de 79,000 hectáreas excede con mucho la cifra máxima hasta donde el gran cultivo puede compensar los grandes gastos del mismo, y justificar así una distribución tan desproporcionada de la riqueza; es decir, revasa ampliamente los límites justificables del latifundio.

Pero esta ausencia de sentido social, esta completa insensibilidad para los principios más elementales de la justicia distributiva, alcanza, no sólo a las clases ricas, sino también, y sobre todo, a las clases obreras. Claro es que donde falta la más mínima instrucción, mal puede pedirse que exista conciencia cívica. Y aquí se nos ofrece una reveladora coincidencia: las regiones españolas donde este sistema señorial está implantado con mayor amplitud (el Sr. Martín Artajo señaló la mitad meridional de España), coincide, como no podía ser menos, con las provincias de más elevado índice de analfabetismo. Y aquí cedo de nuevo la palabra a las cifras, que hablan por sí solas: El censo oficial de 1950 arroja un índice total de analfabetismo en España del 14,24 por 100. Pues bien, las provincias del Sur de España registran todas, sin excepción, un índice superior al medio. Para referirme a las provincias anteriormente citadas, Badajoz registra un 26,20 por 100, Sevilla un 24,71 por 100, Córdoba un 25,10 por 100. (2)

La política del Estado Nacional que nació de la guerra civil está basada en sólidos principios de justicia social. Es urgente remover todos los obstáculos que se opongan a la aplicación completa de tales principios. "La reforma de la conciencia social, ha dicho el Sr. Martín Artajo, avanza a ritmo demasiado lento". Ni la ideología revolucionaria (entiéndase bien esta palabra) de los hombres que ganaron la guerra, ni la auténtica doctrina social de la Iglesia católica están de acuerdo con aquellos que, haciendo candorosas remisiones a la caridad evangélica, todavía se contentan con recomendar generosidad a los ricos y resignación a los pobres.

No parece, por lo demás, que esta postura paternalista tenga punto alguno de justificación. El tipo del "señorito" es un producto característico de ella. Podría hacerse una jocosa descripción de esta interesante variedad zoológica. El hidalgo famélico y soñador, celoso vigilante de su honra, también pintado por nuestra literatura clásica, no pudo imaginar que tendría un heredero tan mezquino. Pero ¿he dicho que el "señorito" no tiene punto alguno de justificación? Acaso me equivoque: puede ser, al menos, un feliz modelo para una nueva y castiza picaresca.

---

(1) Datos tomados del artículo de Fernández Castro "Reforma Planificada", publicado en Indice, número 153.

(2) Fuente: "Censo oficial de la población de España". Año 1950. Tomo II, Cuadro IV.

"Los turistas no lle

Diálogo con una mu

Subiendo lentamente la cuesta del Chapiz, bordeada por Hogares menesterosos y escuelas públicas para pobres, una vez atrás el Paseo de los Tristes (hoy del Padre Manjón), donde dos chavales jugaban a la pelota, veo venir, como un rayo rojo, al Cadillac de los turistas norteamericanos: frena el coche de un tirón seco. Los críos del Ave María, enfundados todos en chalecos grises y marrones, se arraciman al costado rojizo del auto. No se qué les preguntan los extranjeros. Deben chapurrear un sucio español y quizá dicen cosas graciosas, pues los chicos se mondan de risa. El yanki llena el tanque de gasolina con una lata azul de plástico inmaculado, en tanto la mujer agita los brazos y los ojos en algo que resulta chusca pantomima de un baile agitanado. Al pasar, oigo unos "oles" en inglés y en castellano. También los deben oir los gitanillos, cabalgadores en burro que suben a nuestro lado con una carga de leña y las mujeres viejas, gordas, que marchan detrás, como guardándonos las espaldas, llevando cestos de mimbre con cebollas y tomates.

A mi derecha, la escuela de Estudios árabes se asoma tras unas bardas encaladas. Ya casi hemos llegado. Hay una plazuela en lo alto de la cuesta donde varios muchachos gitanos, como chulos de película, se recuestas en una esquina, y algunos albañiles reedifican una tapia que da vista a la Alhambra.

Sanmartín, su máquina de fotografías al hombro, como un turista más, pregunta: ¿Por dónde?.

Entramos, por la derecha, al Sacromonte cañí. Son, estas primeras, casas de pueblo, de barrio bajo, con paredes de cal y techos de uralita. Pronto, tropezamos la primera taberna, enladrillada de rojo y adornada de curvos hierros en las ventanas. También rojos, los dos anuncios, redondos, sin gracia, de la Coca Cola. Tras la taberna una pequeña casa de comestibles, con olor a chorizo, abre sus puertas.

Los hombres, nos miran desconfiados. Hay muchos hombres con gorras de "pata de gallo" y pantalones de pana ceñidísimos a los muslos. Calzan alpargatas, quizá blancas; no se distingue bien el color. Algunos no llevan camisa, sino sólo la chaqueta, abrochada hasta lo alto, y con la solapa subida. Otros enseñan los dedos de los pies a través de las alpargatas rotas. Sanmartín quiere tomar fotos, pero ellos no se dejan: saben que no somos turistas y no comprenden qué vamos a hacer allí con la máquina fotográfica, la pluma y el bloc. Parecen decirnos: "Dejadnos en paz. Largaos y no os metais en lo que no os importa. ¿Qué buscais? Un motivo para gritar, para hablar de injusticias sociales entre la copa y el puro, una tarde después de la merienda. ¿O acaso venís a hablarnos de la Iglesia, de la caridad, de que el Evangelio está lleno de pobres, del cielo y del infierno, del ojo de la aguja? Quizá sólo quereis decirnos que no nos preocupemos, que esto (ésto es el hambre) se solucionará, pero poco a poco, por sus pasos contados, trabajando cada uno en su puesto y cumpliendo con el deber, porque el imaginar otra cosa, el hablar de remedios totales, sin vacilaciones, de un solo tajo, resulta extrema locura; poco a poco y sin apresurarnos, que se puede alterar el orden, y eso es fatal. Bueno, pues si venís a algo de ésto o a cualquier otra cosa, por lo que más querais, marchaos, marchaos de una vez, ya estamos hartos de profetas y de compasivos liberales".

Esto parece que dicen y nosotros continuamos el camino. Flanqueando la entrado a una de las casas, hablan un hombrón muy gomoso y una guapa gitana, como de veinte años, disfrazada con volantes y peinetas de colores. Junto a ellos, sentados en banquetas y sillas bajas, toman el sol otros cuantos parados, cinco o seis, sucios y sin afeitar. Les pregunto quién es el que, impecablemente vestido de negro —corbata y zapatos de artesanía— charla con la muchacha. Me miran, dudan y como de mala gana, uno de ellos contesta:

—Es el dueño de las niñas, el que las contrata para el baile. ¿Y usted quién es?.

El baile ha empezado ya. Resuena alboroto y jaleo de palmas en el interior de la caseta. Desde aquí todas las casas se incrustan en la misma tierra, que les sirve de fachada posterior. Las paredes están encaladas y recubiertas de cacharros de cobre. Pasamos el puesto de la Policía Armada, y nos detenemos a observar apoyados contra el muro. En la casa de enfrente, la más alta de todas, que tiene un aspecto curioso y conocido, cuelga a secar, de balcón a balcón, la colada: medias, jerseys de punto alguna camisa de mujer. Por encima del tejado se divisan ciertas asociaciones cañizas que no llegan a distinguirse con exactitud. Una vieja gitana, con el pelo blanco, se acerca a nosotros y se nos ofrece para augurarnos la buenaventura. Es una oportunidad:

—Muy bien, me puede usted decir la buenaventura, pero si se deja fotografiar.

—Mire, yo se la digo y él con el aparato, ¿eh?. Eso.

Soy hijo de padres honrados, porque me lo merezco. Muchas gracias. Por la mañana se me pegan las sábanas. ¿Cómo lo habrá adivinado? Ahora es una rubia la dueña de mis pensamientos, —quizá— pero, seré muy desgraciado, porque acabaré casándome con una morena. Un dramón. Claro, que me tocará la lotería y tendré muchos hijos y mucho dinero, ¡ah! y un coche muy grande y muy colorado —¿cómo el de los norteamericanos?— para pasearme por las

) llegan hasta aquí "

a muerta de hambre

por *Juan Carlos Rodríguez Gómez*

calles. Y que me proteja el Señor y la Virgen Santísima.

—¿Cuánto es, señora?

—Ay, hijo, lo que su voluntad quiera.

—Es Sanmartín el remunerador y la vieja gitana se deshace en alabanzas y casi nos besa los pies:

—¡Qué Dios se lo pague, que Dios se lo pague, reyes de España!

La he podido observar bien durante todo el rato que ha tenido mi mano entre las suyas. Tiene los ojos, los labios, toda la cara recomidos por incisivas arrugas, quemadas por el sol, en rayas blancas y negras. Agarrado a su mandil, durante este tiempo, ha permanecido un chiquillo moreno, guapo, de grandes ojos negros. El crío no habla; sólo mira y curiosea, como no comprendiendo bien, y de vez en cuando inicia una loca carrera, para volver después al lado de la vieja.

—¿Quién es este crío?

—Mi nieto, ya ve usted, cuatro años tiene. Y antes de nacer, ya se quedó sin padre. Yo lo cuido.

—El padre... ¿Qué le pasó? ¿Se murió?

—Se cansó y se fué por ahí, y todavía no ha vuelto, ya ve usted, es que por aquí no había que hacer, estaba siempre parado, y un día cogió y se largó por ahí... ¡Dónde estará!.

Juzgo innecesario preguntarle por la suerte que corrió la madre del chiquillo. Le hago una mojiganga y él se ríe y se aprieta más contra la vieja. Una pregunta, me sale de golpe:

—¿Y qué comen usted y el crío, abuela?

—Ay, comer; pues unos palillos, cuando los vendo; algo de eso; vamos así; como se puede.

Huele a aceite frito. La vieja se queda en silencia y el crío me remira una y otra vez. Sanmartín le deja acariciar la máquina de fotografías.

—¿Vive cerca, señora?

—Yo vivo al lado de la "Rosío", ¿usted no sabe quién es la "Rosío"?

—No.

Parece asombrarse por eso. La "Rosío" debe ser muy conocida.

—¿No a oido la zambra de la "Rosío"? ¿No?

—No, nunca.

—Bueno, pues yo vivo allí, si quiere usted ver mi casa.

Claro que quiero. Echamos a andar en silencio; la vieja va un poco cohibida entre nosotros, como temiendo algo de las miradas que nos observan, paso a paso, entre recelosas y expectantes. Subimos una especie de escalera, mal apeldañada en la misma tierra, y de repente, vemos algo que parece una atroz mentira, una burla cruel y despiadada. No exagero: ni los cerdos serían capaces de vivir aquí. De trecho en trecho, se abren las bocas de las cuevas, unas bocas oscuras, sin luz, que apenas dejan ver camastros y porquería en su interior. A nuestro paso salen a recibirnos como alimañas del centro de la tierra, unos hombres peludos, esqueléticos, terrosos, del mismo color grisáceo de la tierra, porque quizá ya se han convertido en parte de ella. Salen y se nos quedan mirando con ojos de bestia, inmóviles, como idiotas.

—Por favor, señora, ¿falta mucho para llegar a su casa?

—No, pronto. Todavía queda un poco.

Intento hablar con ella, apartarme, olvidarme de lo demás.

—Aquí son los turistas los que se dejan los cuartos, ¿eh?

—Los turistas no pasan nunca de ahí abajo. Los turistas no vienen nunca por aquí.

—¿No los dejan?

—No vienen.

Es cierto. Una de las muchas cosas que respetuosamente debemos agradecer a la bondadosa y sabia "Madre Naturaleza" es el camuflaje perfecto que ha hecho de todo este sitio, pues desde abajo, desde donde antes estuvimos, resulta imposible distinguir la infrahumana condición de este paraje, que Dios sabe quién ha habilitado para vivienda y cobijo de seres humanos. Bendigamos, pues, a la Madre Naturaleza, que así coopera a la buena opinión que de España pueda tener la democrática Europa.

—¿Y usted para qué quiere ver mi casa?

La gitana se ha detenido de pronto. Ella también desconfía.

—No se preocupe, yo no soy nada de lo que usted está pensando ahora. Yo soy un universitario, ¿comprende?

—No.

—Un estudiante.

—Sí, otros muchachos estudiantes, como ustedes, también vinieron por aquí hace poco.

Vamos por un sendero de cabras, muy estrecho, cortado a pico por un lado y por el otro hundido en la pared de tierra. Doblamos un recodo y tan de improviso como entramos en él, abandonamos este lugar. El último botón que puede servir de muestra es precisamente la chabola de la vieja gitana. Sanmartín está asombrado y marcha como un autómata. Yo no me veo, pero debo presentar el mismo aspecto, entre cómico y terrible. El va repitiendo sin cesar:

—Esto es increible, increible. ¡Cómo vive esta gente!

Estamos ante la casa de la abuela. Ocupará, midiéndola a voleo, unos dos metros cuadrados: quizá exagero un poco, pero no se puede medir bien, pues está casi totalmente incrustada en la roca. Más que habitación humana, parece una de esas casetas de perro que hay en muchos jardines señoriales. Tiene una especie de tejadillo sobresaliente, recubierto de trozos de tejas y uralitas. Asimismo, sobre él, se extienden algunos trapos sucios y cañas secas que seguramente servirán de impermeable para los días de lluvia. Allá abajo, se oye un son de palmas en la que debe ser zambra de la "Rosío". La gitana se adelanta, extiende el brazo y aparta el saco que hace las veces de puerta. Intento adentrarme y aprieto los ojos, pues la oscuridad me ciega. Pero enseguida me acostumbro a ella. Todo es tierra: pura tierra el techo y las paredes, que sobresalen un poco a base de tablas viejas y carcomidas, a medio encalar. Dentro sólo un camastro, con un raquítico colchón de paja y una pistola de juguete, que debe ser el precioso tesoro escondido del crío. Nada más: ese es el mobiliario. Claro, que no cabría otra cosa, porque la colchoneta ocupa todo, absolutamente todo el cuerpo de la casa. No queda ni un resquicio, ni un sitio libre.

—¿Aquí vive usted?

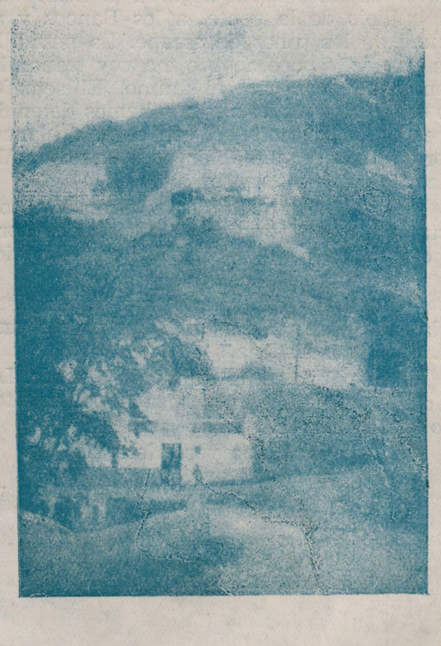
—La cama me la regaló D. Juan.

—¿Quién es D. Juan?

—Es el médico de aquí. Cuando estuve enferma me la regaló, porque me iba a morir y estaba tirada en el suelo, en la tierra, ¿ve usted?

No quiero ver más. Salgo huyendo, casi sin despedirme. Acaricio al crío en la cabeza y de repente se me ocurre pensar en lo que hubiera sido de él si la vieja hubiese muerto. Aligero el paso. Las

pasa a la página 8



Los turistas no llegan hasta aquí

(Continuación

ideas se me enredan, me sacan de quicio. Deseo ordenarlas, coordinar bien.

Volvemos por el mismo camino de cabras, atravesamos el lugarejo hipócrita de las cuevas y los hombres-monos, bajamos la escalera con peldaños en las rocas: ya estamos otra vez en el Barranco de los Negros, que ahora se me asemeja barrio residencial y delicioso. En el número 98, atiende de la "Faraona", máxima representación del tipismo sacromontano. Sanmartín aún no ha reaccionado. Se arremolinan los chiquillos a nuestro alrededor pidiendo gordas y pesetas, a cambio de llevarnos a un sitio donde lo vamos a pasar muy bien. Muchos de ellos tienen rasgos asombrosamente nórdicos, de tipo inglés, frondosamente rubias las cabelleras. Vaciamos nuestros bolsillos y seguimos andando, a toda prisa, con un deseo enorme por salir de allí. Algunas gitanas, enmascaradas entre peinetas y lunares rojos, compran batatas cocidas en un puestecillo ambulante. Un guardia de la Policía Armada nos reclama:

—Oiga.

Sin saber por qué, me he puesto nervioso, con un leve sobresalto por las espaldas.

—¿Son ustedes del Colegio del Sacromonte?

—No, no... Somos universitarios... ¿Quería usted algo?

El guardia sonríe, con una sonrisa sencilla y amable:

—No, no quería nada. Era solo por saberlo. Muchas gracias y buenas tardes.

—Gracias... Muchas gracias a usted, señor guardia.

Y vuelvo a salir pitando, sin razón, sin motivo, igual que aquellos idiotas, que se asomaban a vernos a la entrada de las cuevas. Lo último que alcanzo es el ademán de una rubia turista, que con generosidad laudable reparte cigarrillos entre los adolescentes gitanos. Es la democracia europea que, como siempre, da su nota desprendida y digna, humana sobre todas las cosas. Al pasar, me fijo en el rojo vivo de los anuncios de la Coca Cola. Los turistas suben como hormigas, a oleadas, en coches particulares y en grandes expediciones. Nosotros bajamos hasta llegar a la Gran Vía, al bullicio de la gente, a los Bancos y al humo de los tubos de escape. La pesadilla ha pasado y poco a poco me voy tranquilizando, serenándome el ánimo. El semáforo está ahora en rojo y nos hemos detenido a esperar. Un hombre, con el pelo blanco, aprovecha para entablar conversación. Me dice:

—Qué bien quedará la Gran Vía con esta transversal que están haciendo. Ahora si que habrá aire de capital. Como Madrid.

—Sí, como Madrid.

—Aunque dicen que le va a quitar vista a la Alhambra. ¿Ve usted?. Eso no me gusta. Será una lástima.

El semáforo se ha cambiado a verde. La gente cruza y se entrecruza en el asfalto. Yo respondo:

—Claro. Será una verdadera lástima.

Pero él ya no me oye.

He creído necesarias unas líneas que justifiquen la inclusión en Papeles Universitarios de una sección de temas granadinos. En nuestra Revista, donde la casi totalidad de los colaboradores y lectores no son granadinos, tal sección requiere una justificación. Y podemos encontrarla.

casos y cosas

Si bien se mira, los universitarios no granadinos viven tres cuartos del año en Granada. La "patria chica" de cada uno pesará bastante en su afecto, sin duda. Pero no es demasiado suponer que acabemos interesándonos algo por la tierra donde pasamos ocho agridulces meses del año. ¿Es mucho pedir que nos interesemos un poco por Granada? Creo que nó. Dejemos a un lado pequeñas rivalidades y reparos, y dialoguemos cordialmente. ¿Qué piensas tú de Granada? ¿Qué pienso yo? Vamos a decirnoslo. Granada, no me digas que no, se lo merece. Y se lo merece porque yo sé que tú admiras a Granada... pese a los granadinos ¿eh? Por eso vamos a hablar de Granada. Tú criticarás, y yo contigo. Evocarás, y yo también. Y comentaremos la vida de cada día y el problema de siempre. Abriremos senderos inéditos en nuestra conversación. Vamos a pasar un rato fantaseando. Y creo que acabaremos de acuerdo. Porque tú, como yo, tenemos el ánimo por encima de las rivalidades regionales, tenemos amplias miras, y amamos a España en cada pedazo de su Geografía. ¡Ah! recordarás que cuando Don Quijote preguntó a un caminante cuál era su patria y el caminante dijo que Granada, Don Quijote le respondió: "Y buena patria, a fe mía". Y que la tierra de Granada te sea grata, ya que no leve.

Cuando una ciudad tiene un carácter bien definido, en sus monumentos, en su aire, en su fisonomía, hay que cuidarla. Si nosotros ponemos la mano en la ciudad para embellecerla, creo que hemos de respetar su carácter artístico. Es la única manera de conservar una línea y un matiz. Hay quien ha olvidado ésto. El monumento a la Virgen del Triunfo no es granadino... ni nada. No tiene carácter. No va con la ciudad, caramba.

X X X

Usted sabe, y yo también, que la ciudad, moderna necesita, por el carácter cada día más intenso de la circulación rodada, unas vías amplias. ¿Qué me dice Vd. de la estrechez de las nuevas calles de Granada? Sería mucho más práctico construir calles amplias, ya que las viejas son estrechas. Usted tiene una calle como la prolongación de Recogidas que es demasiado estrecha, y lo será aún más en el futuro. Pues no hay manera...

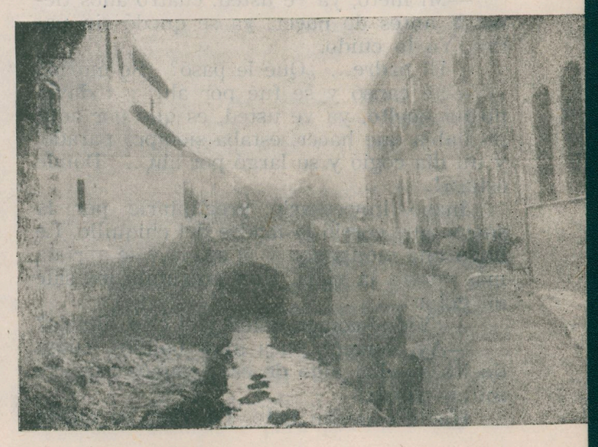
X X X

Granada es una ciudad cuya vida económica padece atonía crónica. Granada es una ciudad agrícola y podría ser, además, industrial. Pero el dinero está cómodo en el Banco. El dinero, ¡ay!, el dinero de los granadinos. Granada tiene inmensas posibilidades turísticas. Pero se va mucha fuerza en palabras. Granada podría ser una gran ciudad cultural. Pero los artistas granadinos no se entienden. Granada podría ser una ciudad auténticamente universitaria. Pero los granadinos ...Granada podría... pero...

X X X

El Centro Astístico es, como todo el mundo sabe, una de las instituciones que desarrollan una actividad más intensa y meritoria dentro de la vida cultural granadina. Concretamente su sección musical se desenvuelve con una regularidad y un acierto que ya quisieran para sí otros.

Por ello felicitamos cordialmente a su Dirección y la animamos en su difícil labor en este nuevo año.



Dos premios en un año

por Manuel Ruiz-Lagos

gerardo diego

REBAÑO
Los balcones de mi alma
están llenos de lluvia

Yo a las lluvias
las distingo
por sus tactos colores y sabores
lo mismo a las frutas

Pero el gran caserón está desierto
y la agonizante cosa que me alumbra
no entienden el telegrafo de banderas
que urgentemente la llama desde fuera

y ella
se morirá

Y en busca
de otros balcones volarán las lluvias.

(Del libro «Imagen»).

Nace Gerardo en Santander el 3 de octubre de 1896. Narciso Alonso Cortés, quien después le recibiría en la Academia Española como académico numerario, es su profesor en los primeros años docentes de Instituto.

Cursa la licenciatura de Letras en la Universidad de Deusto y se doctora en la Universidad de Madrid En 1920 consigue la cátedra de Literatura del Instituto de Soria, alternando sus funciones pedagógicas con frecuentes viajes al extranjero, especialmente a Francia.

En 1925 alcanza el Premio Nacional de Literatura y posteriormente en 1956 por su libro «Amazona» el gran premio de la ciudad de Barcelona. En 1947 es elegido académico de la Española, tomando posesión en 1948 con su discurso «Una estrofa de Lope».

En 1961 Gerardo Diego obtiene el Premio March de Literatura, motivo por el que se incluye en la presente reseña.

Como la mejor biografía damos a continuación noticia de algunos libros de poemas del autor, siguiendo en lo posible, un exacto orden cronológico:

Romancero de la novia (1918); *Imagen* (1921); *Soria* (1922-46); *Versos Humanos* (1925), ganador del Premio Nacional de Literatura; *Primera Antología Poética* (1941).

Al otorgársele el presente año el Premio March de Literatura, se rinde homenaje en su persona, más que a su poesía, a toda la tercera generación poética del tercer siglo de oro, a la memoria de los muertos y a la presencia de los vivos olvidados.

«Durante un momento, cesaron los mazazos. Merdjan había observado que en el vértice del omóplato derecho los músculos se ponían tensos y la piel se levantaba. Se acercó rápidamente y, en aquel lugar ligeramente hinchado, hizo una incisión en forma de cruz... Radislav estaba empalado en el poste de igual modo que se ensarta un cordero en el asador, con la diferencia de que a él no le salía la punta por la boca, sino por la espalda... Con el crepúsculo, Merdjan trasladó el cadáver y lo arrojó a la orilla más abajo del camino... Los perros dieron señales de vida... Cuando observaron que la noche había invadido toda la región y que probablemente ya no pasaría nadie, los campesinos salieron... El campesino de más edad saltó a la fosa, frotó varias veces un eslabón con un silex y encendió primero un trozo de yesca y después una velita que llevaba envuelta en un pedazo de tela encerada. La colocó a continuación por encima de la cabeza del muerto y se santignó rápidamente tres veces diciendo en voz alta:
En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

(Ivo Andric.-Un puente sobre el Drina).

El 26 de octubre de 1961 la Academia Sueca otorgó el premio Nobel de Literatura al escritor yugoslavo Ivo Andric, «por el vigor épico con que ha descrito los temas y los destinos humanos sacados de la historia de su país».

Nace en Dolac, 1892, cerca de Travnik en Bosnia. Cursa sus estudios en las Universidades de Zagreb, Viena, Cracovia y Graz. Militó en el partido nacionalista-revolucionario, tomando parte activa en el atentado de Sarajevo de 1914, contra el Archiduque Francisco Fernando, motivo de la primera guerra mundial. Inmediatamente de terminar la contienda ingresa en el Cuerpo Diplomático y presta sus servicios en las embajadas de Roma, Bucarest, Trieste y Graz. Le sorprende la segunda guerra mundial, como ministro plenipotenciario de su país en Berlín, desapareciendo al poco de la vida diplomática. Reaparece a la vida política como colaborador y parlamentario en el régimen del mariscal Tito, no descuidando por ello sus actividades literarias.

Por estas fechas (1948-49) escribe la trilogía que le ha valido el premio Nobel, *Señorita, Un puente sobre el Drina* y la *Crónica de Travnik*. La actividad literaria de Andric data de la época de la primera guerra mundial, entonces escribía principalmente artículos polémicos y políticos en contra de la ocupación austro-húngara. Su actividad, aún no definida como novelística, le hizo producir un libro de poemas, *Ex-ponto*, publicado después de la guerra.

En 1956 la Federación de Escritores Yugoslavos y la Unión de Editores le otorgaron el Premio Nacional de Literatura, proponiendolo hasta la fecha como candidato al Premio Nobel.

Los temas tratados por Andric son, sobre todo, una gran lección humana, las historias de los pequeños hombres, obreros en su mayoría, vistos en función de las «cosas» y engrandecidos por el trabajo.

Un puente sobre el Drina, es literatura proletarizada, un nuevo género literario profundamente humano y, sobre todo, cristiano.

Raramente, en estos últimos años, ningún escritor de categoría ha mostrado tan profundo y emocionado cariño por la dignidad humana. Andric, inclinado sobre los accidentes de la vida, de la miseria humana, la engrandece; pero su arte está en no confesar su filiación religiosa, en exponer con labor callada, «solapada», toda la enseñanza evangélica, con un espíritu esencialmente práctico.

A veces, como sucede en *Un puente sobre el Drina*, la soledad humana se le impone tan fuertemente que raya en el más puro estoicismo.

En fin, un novelista y una novela de gran mérito. Ivo Andric aún siente cariño por los hombres, aún cree en misiones y destinos, en una fe, y en la fuerza del espíritu.

ivo andric

"LOS CUATROCIENTOS GOLPES"

Muchas veces ha tratado la pantalla el problema infantil; pero quizás sea en "Los cuatrocientos golpes" donde cobra unas dimensiones realmente trágicas.

El hecho de escoger el tema infantil para una cinta presupone ya una seria dificultad inicial que solo un maestro del cine puede vencer. A nadie escapa que el niño es un ser moldeable —que casi podemos mover con hilos—, pero para ello se necesita una habilísima dirección y un especial "ojo cinematográfico" a la hora de escoger al actor.

Truffaut —representante de la "nouvelle vague"— surge de la crítica cinematográfica; es cierto que ha destruído mucho, que ha derribado las imágenes de directores consagrados; pero ahora viene a crear, a sustituir lo que él ha tildado de insincero por un cine joven y lleno de vida.

Aparte de las virtudes técnicas que luego comentaremos, resalta la profunda humanidad del joven director francés. Se ha planteado un problema en toda su intensidad y fiel a sus principios confecciona un guión que Marcel Mousey traduce en diálogos. Director y guionista ya plenamente identificados en un problema: el complejo educación —ambiciones de un niño; pero no de un niño artificial y repelente, sino real, vivo, que podríamos encontrarnos en la puerta de cualquier escuela.

Antoine es un chiquillo de París, que podría ser de cualquier otra ciudad grande. De una parte los problemas familiares y la despreocupación de sus padres, de otra la enseñanza absurda de la escuela, le impulsan al único sitio donde al menos vive en paz: la calle.

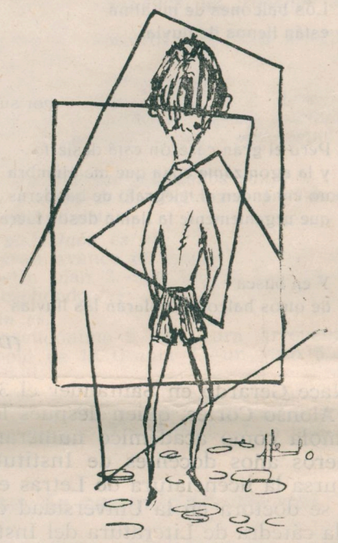
La calle no satisface a Antoine, es demasiado fría y vacía para un niño. El quisiera engarzarse en el ambiente de trabajo de la escuela o buscar refugio en el calor de un hogar. No puede, molesta a sus padres y a sus maestros. La incomprensión lo lanza una y otra vez al vacío, a la calle. El se siente extraño, sólo otro chiquillo lo comprende, otro incomprendido de sus padres que, como él, va tras una única ilusión: el mar. Robar es el único camino que se le abre para conseguir la meta; pero también termina por cerrarse. Antoine y René no son ladrones; si con la máquina de escribir no pueden conseguir dinero para ir al mar, hay que restituirla.

La restitución, el arrepentimiento —hechos objetivamente hermosos—, no pueden ser realizados por Antoine, la sociedad no lo admitiría, no lo creería. Es un golpe más de la vida. Antoine —con un alma limpia—, es considerado por todos como un vulgar ladronzuelo.

Se le recluye en un reformatorio frío y rígido, que no comprende nada. Antoine ha perdido todo: sus padres, la escuela, su amigo; sólo le queda el mar lejano.

Mientras exista una ilusión hay posibilidad de vida para un niño. Antoine es valiente y rompe con todo su pasado —escapa del reformatorio—, por fin alcanzará su meta. Ha corrido hasta el mar, la única ilusión que ya le queda. Se adantra en él, lo contempla, y, parándose, vuelve la cabeza desilusionado: de allí no puede pasar; no era así como lo imaginaba. Lo único que Antoine tenía en la vida le da el último golpe, el definitivo; le roba toda posibilidad de huir de su mundo anterior. Ya todo está perdido.

La forma está en todo momento al servicio de la idea central de la cinta. No hay un plano supérfluo, todo, absolutamente todo, reproduce con fidelidad los ambientes en que el niño se mueve. El llevar al ánimo del espectador la conducta reprobable de un padre o de un maestro es cosa que depende en gran parte de los intérpretes; pero el darle a la calle un "papel" en el film, es algo que raras veces se logra. Truffaut lo ha conconseguido, nos ha llevado de su mano al París de otoño, con los árboles y las casas más tristes que otras veces. La cinta recoge aspectos insospechados de la ciudad, de todo lo que tiene de extraña y fría. Una y otra vez desfilan en la pantalla edificios y transeuntes que un objetivo juguetón capta desde los ángulos más variados.



Truffaut ha sabido escoger los intérpretes para su obra. El físico de cada uno es fiel reflejo de su carácter. Se ven como personas de la calle, son seres tan normales que alejan toda sombra de artificio.

"Los cuatrocientos golpes" ha gustado a todos por su valentía y su espontaneidad. Ha surgido porque un hombre se ha planteado un problema y ha querido resolverlo. Truffaut describe de tal forma a los responsables de la educación de un niño que no da margen a falsas interpretaciones. El joven director deja en manos de cada cual la solución, él se limita a señalar lo que cada niño ambiciona y lo que una educación mal encauzada le concede.

Por desgracia pasa mucho tiempo sin proyectarse cintas de esta talla

José Jordano

Un artesano nos dice...

Una tarde, y en la tarde una calle estrecha que todos conocemos: Alcaicería. Allá un establecimiento de artesanía, uno de tantos que salpican Granada con sus cajas de madera tallada con incrustaciones de hueso, sus cruces y ¿cómo no? sus castañuelas.

Nos hemos propuesto ver este aspecto de la industria manufacturada en todas sus facetas y para ello nada mejor que preguntar a un interesado —que aunque quizá hable demasiado subjetivamente, siente sus problemas que, por ser suyos, son de todos estos artesanos que trabajan agachados, sentados en sus taburetes, durante horas—.

Entramos. El dueño no está, pero sí un ayudante que nos atiende levantando la vista y dejando a un lado el pincel. Sacamos la conclusión por sus pocas palabras de que el maestro vendrá más tarde. Más tarde entramos. Presentaciones. Se levanta.—No, por favor, siéntese.—Se le exponen nuestros deseos y nos mira.

Como primera pregunta, ¿cuántos años lleva usted trabajando en este oficio?

—Pues muchos, mire, desde los trece; y ahora tengo cuarenta y ocho. Esto me lo dejó mi padre.

Es un señor alto, de fuerte constitución y contesta con tranquilidad. Nos dice también que su trabajo es de origen árabe.

Seguimos preguntando, y él hablando:

—Sí, hay bastante venta, y los que más compran son los turistas españoles, más que los extranjeros... Pero no compensa porque, por la competencia, hay que vender más barato, y al vender más barato, se debe fabricar más, y al fabricar más la calidad del artículo desmejora mucho.

Me enseña una cajita cuyo precio son veinte pesetas y me dice que esa caja sólo de trabajo se lleva una hora y los materiales valen, por lo menos, diez pesetas.

Entramos de lleno y le preguntamos cuáles son sus principales problemas.

—Pues es el de la competencia. Sí, porque aquí hay doscientos establecimientos sobre poco más o menos como el mío. Claro que eso es un problema que podría tener solución. El de la venta, naturalmente.

¿...?

—Sí, si hubiese alguna entidad estatal que desde fuera nos comprara estos productos para exportarlos a otras ciudades se habría solucionado. Pero aquí tenemos monopolizado este comercio por la Alhambra que vende los artículos al precio que quiere. Y ella es la que nos los compra poniendo el precio cuando los necesita.

Le pregunto si no es posible una unión entre todos los fabricantes.

—Imposible. No, no puede ser.

En resumen, que puedo decir que sus principales problemas son: una gran competencia, una exportación imposible, y una monopolización por parte de la Alhambra ¿no?

—Más o menos.

—Entonces, ¿no reciben ayuda del Sindicato?

—Sí, le voy a ser cincero, sí, hablan. Dicen muchas cosas. Hasta nos han dicho cuánto podríamos sacar con la exportación, pero luego no hacen nada. Lo único que sacamos en limpio son unos impuestos tremendos. La única solución era esa que le dije antes, el que nos comprasen los productos una entidad estatal, y así todos nosotros saldríamos ganando. Me parece que ese es el problema.

Sí, este es su problema, y el de tanta gente que, trabajo mucho, y dinero, poco. Y así surgen caras como la de este hombre que expone sus problemas confiando en que alguien pueda resolverlos... En realidad, ¿puede resolverlos alguien? Nosotros creemos que sí, y por eso ponemos estas líneas.

Seguimos hablando, nos cuenta cómo los extranjeros no creen que haya incrustaciones en la madera, piensan que son papeles o algo por el estilo.

Transcurre media hora y nos toca marcharnos. Despedida. Un apretón fuerte y un adiós.

Seguimos por la calle estrecha y pienso que quizá esto lo lea alguien a quien interese y quizá ese "alguien" pueda hacer algo. Si, pudiéndolo, no lo hace, eso es cuenta suya. Este es nuestro trabajo: no queremos que se olviden los problemas. Por eso lo que es deficiente, lo que necesita una ayuda, es lo que verdaderamente hay que mirar.

La tienda ya ha desaparecido de mi vista... Allá abajo tal vez siga el hombre encorvado trabajando la madera y con una sonrisa de escepticismo por nuestro intento.

Miguel Angel Aparicio

a SANCHO PANZA

Sancho-bueno, Sancho-arcilla, Sancho-pueblo
tu lealtad se supone,
tu aguante parece fácil,
tu valor tan obligado como en la Mancha lo eterno.
Sancho-vulgar, Sancho-hermano,
Sancho, raigón de mi patria que aún con dolores perduras,
y, entre cínico y sagrado, pones tu pecho a los hechos,
buena cara a malos tiempos.

Sancho que damos por nada,
más presupones milenios de humildad bien aceptada,
no eres historia, te tengo
como se tiene a la tierra patria y matria macerada.
Sancho-vulgo, Sancho-nadie, Sancho-santo,
Sancho de pan y cebolla
trabajando por los siglos de los siglos, cotidiano,
vivo y muerto, soterrado.

Se sabe, sin apreciarlo, que eres quien es, siempre el mismo,
Sancho-pueblo, Sancho-ibero,
Sancho eterno y verdadero,
Sancho de España es más ancha que sus mil años y un cuento.
Vivimos como vivimos porque tenemos aún tripas,
Sancho Panza, Sancho tercio.
Vivimos de tus trabajos, de tus hambres y sudores,
de la constancia del pueblo, de los humildes motores.
Sancho, de tú te la llevas,
mansa sustancia sin mancha,
Sancho-Charlot que edificas como un Dios a bofetadas,
Sancho que todo lo aguantas.
Sancho con santa paciencia,
Sancho con buenas alforjas,
que en el último momento nos das, y es un sacramento,
el pan, el vino y el queso.

Pueblo callado, soporte
de los fuegos de artificio que con soberbia explotamos,
Sancho-santo, Sancho-tierra, Sancho-ibero,
Sancho-Rucio y Rucio-Sancho que has cargado con los fardos.
Hoy como ayer, con alarde,
los señoritos Quijano siguen viviendo del cuento,
y tú, Sancho, les toleras y hasta les sigues el sueño
por instinto, por respeto, porque creer siempre es bueno.
Cabalgando a tus espaldas se las dan de caballeros,
y tú, pueblo, les aguantas y levantas tentetieso
lo que pudo levantarse. Y aún sabiendo lo que sabes
nunca niegas tus servicios: ¡Santo y bueno!
Sancho-Quijote, y aún tiempo, Sancho de basta de cuentos,
Sancho-amén de tiempo al tiempo,
Sancho que aún hecho y derecho, ya de vuelta del Imperio,
al Señorito Quijano le tratas de caballero.
Sancho-claro, Sancho-recio,
Sancho que viste las cosas como son y te callaste,
metiendo el hombro, tratando
de salvarnos del derrumbe con tu no lírico esfuerzo.

Hombre a secas, Sancho-patria, pueblo-pueblo,
pura verdad, fiel constraste
de los locos que te explotan para vivir del recuerdo,
¡ya ha llegado tu momento!
Sancho-vulgo, Sancho-ibero,
porque tú existen aún mi patria y mi esperanza.
Porque hay patria y esperanza vas a existir tú de veras
con menos sueño y más tierra.

Tu libertad es instinto. Tus verdades son sencillas:
al pan, pan, y al vino, vino,
y a cada cual lo debido:
lo que le cumple por hombre con único camino.
Sancho-firme, Sancho-obrero,
ajustador, carpintero, labrador, electricista,
Sancho sin nombre y con manos de constructor y un oficio,
viejo y nuevo, vida al día.
Quiero darte las confianza que pretendieron robarte.
Quiero decirte quién eres.
Quiero mostrarte a tí mismo tal como tú fuistes siempre,
Sancho humilde, Sancho fuerte.

En tí pongo mi esperanza,
porque no fueron los hombres que se nombran los que hicieron
más acá de toda historia —polvo y paja—, nuestra patria
sino tú como si nada.
Sancho-tierra, Sancho-santo, Sancho-pueblo,
tomo tu pulso constante,
miro tus hojos que brillan aún después de los desastres.
Tu eres quien es. ¡Adelante!

Gabriel Celaya
(De "Cantos iberos,

La Feria de las Mujeres

(*Continuación*)

de la sierra. Mil penachos colorines difuminaban el impreciso plomo de sembradíos y casas.

—¿Te quedas?

—Tengo que mirarlo bien mirado.

—Mira aquí, en mi pecho.

—No es bastante. Más abajo.

En el surco a medio hacer, se hundían de nuevo las agobías terrosas de los jornaleros. Mientras, el amo, rotos los ojos y abotargado por el sueño, recibía en pijama y tejeringos con chocolate, la prematura visita de D. Antonio, administrador general de sus bienes, perfil de cuervo y dedos de gitano.

Eras las diez de la mañana aporreadas en el reloj frontero de la Iglesia. Sonaban añosas, mohosas las campanadas en intérvalos contínuos, sin grillos, sin ranas, sin tronantes carretas de tiro. Las niñas de los ricos jugueteaban en la plaza su último corro, interrumpido luego, cuando la maestra —hoyo de aceite en la mano, pringosa la boca, anteojos de concha hundidos en las orejas— palmoteó el comienzo de la clase.

—Mi padre se emborrachó anoche —descubrió Rufo— y yo estuve todo el rato dándole y vanga a darle el latazo, que yo me quería ir a Barcelona, y que me iba, y que me iba. Aún borracho y mocoso, como estaba, me seguía diciendo que de eso nada, el muy hijo... Pero luego se hartó y me mandó al cuerno, pero asegurándome que podría hacer lo que me diera la gana, y que me fuera a Barcelona o al infierno.

La vecina Elvira aún medio ciega, inflaba los carrillos y se arrebujaba en una toquilla de punto negro. Seguía Rufo:

—Desde la taberna del cortijero, al otro lado del arroyo, ¿sabes dónde está?, pues, desde allí vine corriendo a decirle a mi madre que me iba esta mañana en el correo, sin pensarlo más. Estoy de este pueblo...

—Pero ya no te vas.

—¿Quién sabe?

Rufo se encogió de hombros. La blancucia, membrillosa vecina Elvira, ajustaba un pliegue de sus coletillos.

—¿Dónde está ahora tu padre?

—Seguramente regando. Se contrató ayer con D. Antonio a regar tres fanegas. Mi padre duerme menos que un gallino en una hoz.

—Pero cuando el viejo Rufo se entere de que ya no te vas

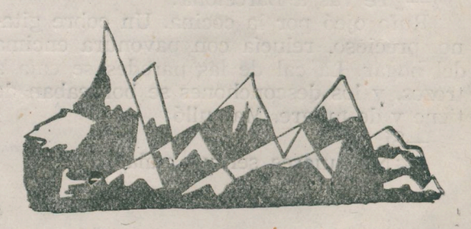
Rufo salió al patio, y Elvira con él. El sol les golpeó a los ojos.

—¡Y a mí qué me importa! Rebuznará un poco, que si soy un inútil, que si ando siempre como los perros, con la lengua fuera, sin saber lo que quiero...

—¿Y ahora, tampoco lo sabes?

Rufo ensayó su sonrisa de gato. Por las calles barrosas cruzaba, runruneando, la moto del cura párroco. El pelo de la vecina Elvira era hilachón, greñudo, y olía a agua oxigenada.

FIN



La feria de las Mujeres

FARSA de Juan Carlos Rodríguez Gómez

a Maribel

El joven Rufo iba a todo correr, calle arriba, hundiendo los zapatos en pilas de barro añejo y en charcos de llovizna. Se golpeó contra un cardo terroso, brusco, que amarilleaba al costado de la puerta. En la radio del vecino Rubio, salian unos villancicos flamencos, por alegrías:

"Cómo reluce,
ay mare de mi arma,
er rey der mundo
cómo reluce"

El sudor le chorreaba de pies a cabeza, le fluía bajo la camisa, en el reborde de los sobacos. La candilera luz de la chimenea le salpicó al rostro. Dos ascuas, dos tizones, rebrillaban en la lumbre consumida del hogar. En la mano derecha tenía los alfilerazos del cardo. Salía sangre y la restañó chupando con el cielo de la boca, llenándose de sabor zarcero, zurraposo, agrio, como de carne viva. Croó una rana al pie de los eucaliptos; él hizo el duo, muy amplia la boca:

—¡Madre!

Había abierto la ventana, y desde allí, recostado en la reja ondulosa, quebradiza, tranquilizó los ojos y empapó con sereno rociero el sudor de las espaldas. La amanecida desteñía un profundo horizonte, casi nocturno aún, de primer alba, por cima de la sierra. Gruesas nubes, ahorcadas en el techo, iban y venian con la lengua afuera.

—¡Madre!, gritó otra vez abriendo las fuaces, amarilleando los dientes.

Terció la vecina:

—No te esfuerces, Rufo, no te rompas la voz, que no está ahí. ¿Querías algo? ¿Has desayunado ya?

El último trozo de luna, rojo, cornudo, la sombreó en cuclillas, medio muslo al aire, con el mirar tierno y caido, y el belfo bermellón. Dejó las habas en el comedero de la cabra, y luego huroneó un rato entre los tallos y las hojas de ramón verde. Rufo salió al corral.

—Rufo, ¿qué querías? Tu madre se fué temprano a despedregar con D. Antonio. Antes de que fuera de día. Yo puedo prepararte un tazón de leche y unos picatostes para migar. Si no tienes mucha bulla puedes venir, que tengo los pabilos en la lumbre y comeremos juntos.

Pared con pared, daban sus casas. Las separaba un cañicero tapial, de poca monta y altura, que Rufo bordeó de un salto. Tostaron el pan y calentaron la leche recién salida de ubre:

—¿Te vas a Barcelona?

Rufo ojeó por la cocina. Un cobre gitano, precioso, relucía con pavonura encima del hogar. La cal de las paredes se caía a trozos, y los desconchones se bordeaban de tizne y de mugre. Marrulló:

—Sí.

—¿No quieres ser un gañán?

—No quiero ser un muerto de hambre.

Ladeó los ojos la vecina, en un mohín pícaro, de mozuela:

—Aquí no somos todos muertos de hambre.

—Tú eres rica.

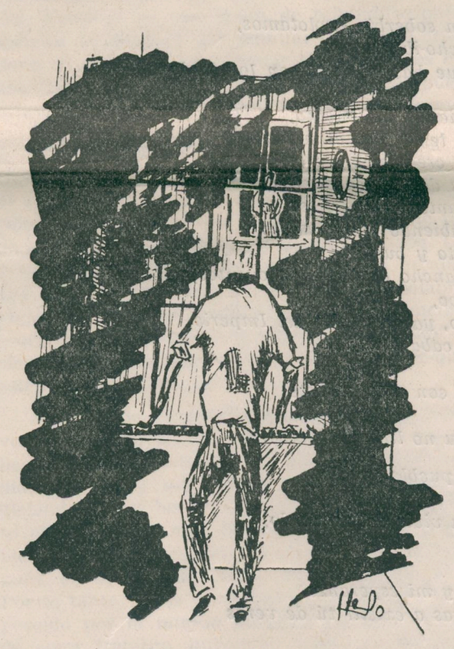
—¿Yo?

Al cacareo del gallo, despertaron las moscas. Había dos, panza arriba, boqueantes, en el culo lechoso de un tazón. Aturullado, saltó Rufo:

—A tí también se te puede pudrir el dinero.

—¡Rufo! —Se molestó la vecina—. Yo sólo tengo para ir tirando y malamante, de la vida.

Rufo sonrió como los gatos. Se mecían los aucaliptos de la vieja acequia, acunados por el viento de la mañana. La acequia apenas tendría dos dedos de agua.



Elvira, la vecina, se abobalicó en la sonrisa de Rufo:

—Tienes labios de hembra, pareces un marica.

Juguetó Rufo con la luz que derramaba la mujer por la niña de los ojos:

—Tú sí que pareces un marimacho con esa falda negra y esos modos de moverte.

—No habrá quien te quiera —se vengó, hecha miel, la vecina Elvira.

Una bandada de grajos anidó en la frente de Rufo. Aún le picaba el sudor en las manos, y el amargo sabor de la sangre le atontecía los labios. Se contrajo:

—Compréndelo, Elvira. Me voy a Barcelona. No aguanto más esta porquería.

Se encrespó la vecina. A voces, a gritos:

—Y después a volver con las manos en los bolsillos, como tantos que se fueron y volvieron así, a ser la risión en la tabernas y en las tertulias de los señoricos.

Rufo también gritaba, con las venas del cuello saltándole a bulto:

—Yo tengo manos, y corazón; yo no seré de esos. Me ahorcaré antes, porque me sobra de hombre para hacerlo. Además, tengo ganas de trabajar y buenas manos, que tú lo sabes.

—¿Son mancos en Barcelona? Ya sobra gente en aquella tierra, no puede ser tan grande, los pueblos se quedan vacíos...

Se fueron calmando poco a poco, conforme avanzaba la mañana y aumentaba el caudal de sol entre el enrejado del ventanuco. De reja a reja, hilambreaba la tela metálica.

—Mi marido me dejó cuatro fanegas de secano en las Lomillas Bajas y esas tres de vega, junto al camino Real, que tanto te gustan. Si te quedas, si te quedas conmigo, por Dios, Rufo, que serán tuyas.

En los railes se encabritó el correo de las ocho. Silbó y volvió a silbar, sobre la misma escala de los grillos cebolleros. La luna se caia a pedazos. Entre dos luces, los gañanes paraban a fumar por primera vez en la jornada. Hacia fresco, airecillo mañanero en los tejados y bajo las ramas de los eucaliptos.

La vecina Elvira, larga ya en años y en soledades, daba las boqueadas como mujer y como hembra. Rechoncha, blancucia, membrillosa, se estiraba, culebreando, hasta alcanzar el queso en la alacena de frutoso empapelado:

—¿Quieres un poco de queso fresco? Yo siempre lo tomo a estas horas, porque me sienta bien para las tripas. Pruébalo, anda.

Rufo se zarandeó y espabiló las manos, hurgando por la cintura de la vecina Elvira:

—Elvira, ¿qué has hablado?; dilo otra vez.

—Eso, que te quedes, que me visites por la noche, que seas cariñoso conmigo, y mi tierrecilla para tí; para tí y para todos los días de tu vida. Yo ya soy vieja, tú me entiendes. Mi casa es muy fría.

Y al mismo tiempo le hacía arrumacos, apretujaba contra él la rechoncha mojama de su cuerpo. Rufo se zafaba, dejándose querer:

—Pero mira que eso es muy gordo. Luego te arrepientes, o te cansas ¿y qué?; si te he visto no me acuerdo. Me da grima, te juro que me da un no se qué... En fin, que no me parece muy de hombres.

Ella seguía ondulándose bajo los inquietos dedos de Rufo. La ardiente pupila del sol, hacía equilibrios en el más remoto pico

Pasa a la pág 11